

y escitarle llenaba sus deberes con incansable celo, y solo contribuía á entristecerle y á irritarle con sus contradicciones. Sensato Gravina, sencillo y enérgico, pensaba como Villeneuve en cuanto á la calidad de los buques, y como Lauriston en cuanto á la necesidad de decidirse, y estaba por lo tanto resuelto á sacrificarse por contribuir al logro de los designios de Napoleón.

Apesar de haberse libertado de los peligros de la travesía, érales preciso esperar en la Martinica la llegada de Ganteaume, de quien ignoraban que permanecía detenido en Brest por falta de viento favorable durante el equinocio. Villeneuve que habia llegado el 4 de mayo tenia que detenerse hasta el 23 de junio, y decía con tristeza que en este tiempo podia alcanzarles Nelson, bloquearlos en la Martinica, ó batirlos, si querian salir.

Sus órdenes le prescribian esperar á Ganteaume, lo cual implicaba una especie de inacción y él deseaba moverse, quejándose de que no podia asolar las islas inglesas, lo cual era fácil con una fuerza de veinte navíos. A fin de matar el tiempo, se apoderaron del fuerte del *Diamante* situado delante de la Martinica, y que el almirante Missiessy no quiso ocupar con mucho disgusto de Napoleón. Sufrió primero un vivo cañoneo de los navíos y en seguida lo tomaron las tropas transbordadas en las lanchas. Deseaban asimismo completar la ocupacion de la Dominica con la de Cabry, pero esta posicion, muy defendida por la naturaleza y por el arte, exigia un sitio en toda regla y no osaron emprenderlo,

por lo que Villeneuve envió sus fragatas, que eran escelentes y de primera marcha, á cruzar delante de las Antillas para hacer presas y procurarse noticias de las escuadras inglesas.

Habian llegado tropas, y con las que Missiessy llevó se reunieron en las Antillas unos doce mil hombres, con los cuales hubieran podido llevarse á efecto importantes operaciones que no se ejecutaron por temor de dar chasco á Ganteaume. Además de esto las islas francesas se encontraban en el mejor estado, pues tenian soldados, municiones y abundantes viveres que les proporcionaban los corsarios, y estaban animadas del mejor espíritu.

A fin de no esponer á las tripulaciones á las enfermedades reinantes en aquellas regiones, y tambien con el objeto de impedir la desercion, resolvieron dar un golpe de mano á la Barbada, punto en que los ingleses poseian importantes establecimientos militares, como que en él conservaban todos los depósitos de sus tropas coloniales. El general Lauriston habia llevado consigo una division escogida de cinco mil hombres, y habiéndola destinado para esta operacion, trató de trasladarse á la Guadalupe, para reunir un batallon mas que en esta isla se hallaba, porque suponian encontrar en la Barbada unos diez mil hombres entre milicias y tropas de linea. Decidieronse á partir el 4 de junio, pero aquel mismo dia llegó el contra-almirante Magon, con los dos navíos de Rochefort, que Napoleón enviaba para dar á Villeneuve la primera noticia del cambio que acababa de operarse en sus proyectos. Magon decia, que no pudiendo Ganteaume salir de Brest, se

hacia necesario levantar el bloqueo, no solo de este puerto, sino el que sufría la escuadra del Ferrol, y que despues de reunir los buques estacionados en ambos puntos, debia hacer rumbo toda la escuadra en masa hácia el canal de la Mancha. Llevaba sin embargo, la órden de que se esperase hasta el 21 de junio, pues era muy posible, que para el 21 de mayo hubiese ya podido Ganteaume salir de Brest, y calculando un mes para la travesía de este puerto á la Martinica, no se podia saber hasta el 21 de junio, si dicho almirante habia conseguido hacerse á la vela. Habia, pues, el tiempo necesario para llevar á cabo el proyecto sobre la Barbada, y mucho mas cuando Magon podia ausiliarlo con tropas y municiones. Acompañó efectivamente á la escuadra, compuesta de veinte y siete velas, á saber, catorce navios franceses, seis españoles y siete fragatas. El 6 de junio llegaron á la Guadalupe en donde se les reunió un batallon, el 7 dieron vista á la Antigua, el 8 perdieron de vista á esta isla, que no habia cesado de hacer fuego sobre la escuadra, y el mismo dia por la tarde encontraron un convoy de quince velas que salia del puerto, cargado de géneros coloniales, y al cual escoltaba una corbeta. El almirante hizo señales á todos los buques para que cargasen de vela, dirigiéndose *sobre su rumbo*, segun espresion técnica, es decir, que cada buque navegase lo mas que pudiese, guardando no obstante el punto de direccion que le marcaba su marcha. Con esta manobra sencilla, se consiguió antes que llegase la noche el apresamiento del convoy que valia de 9 á 10.000.000 de francos. Algunos pasaje-

ros americanos é italianos, dieron á la escuadra las primeras noticias de Nelson, suponiéndole ya en la Barbada, punto al que aquella se dirigia, y aunque respecto á su fuerza, no estaban todos contestes, le hacian generalmente con doce navios. Habia reunido sin embargo en su derrota, las fuerzas del almirante Cochrane, y estas nuevas produjeron en el ánimo del almirante Villeneuve una impresion extraordinaria: pues veia ya á Nelson con catorce, diez y seis ó tal vez diez y ocho navios, es decir, con una fuerza casi igual á la suya, dispuesto á impedirle el paso, pensamiento que desde luego le inspiró la idea de volverse á Europa. Apoyándose Lauriston por el contrario, en las palabras de los prisioneros que solo concedian á Cochrane doce navios, lo que hacia suponer que Nelson contaba á lo mas con catorce, sostenia que con veinte podian combatirle ventajosamente, y que despues de libertarse de su persecucion por medio de una batalla, tendrian mas seguridad de cumplir las instrucciones que habia dado el emperador. Villeneuve no fué de este dictámen y quiso absolutamente hacerse á la vela para Europa, llegando á tal punto su prisa, que se negó á entrar en los puertos de las Antillas francesas, para dejar las tropas que de ellos habia sacado, alegando que para esta operacion, le era preciso ir á buscar los vientos del E. y del O. que reinan generalmente en aquellas islas, pues se hallaba á la sazón en la Antigua, muy al O. de la Martinica; de todo lo cual hubieran resultado la pérdida de diez dias y el peligro de encontrar á los ingleses. Decidióse por fin; eligió las cuatro mejores fragatas y trashedando á ellas toda la tropa que

pudo, las dirigió hácia la Martinica, dándoles órden de reunirse despues á la escuadra en las Azores. Quedaban sin embargo en ella, de cuatro á cinco mil hombres, carga por cierto, muy embarazosa, porque de conservarla, se privaba á las colonias de una fuerza necesaria, que era muy difícil enviarles de la metrópoli, y se aumentaban mucho las bocas á bordo de los buques, circunstancia que no podia mirarse con indiferencia, por que escaseaban los víveres, y apenas habia agua bastante para la travesía. Por último, se corria el riesgo de abandonar á Ganteaume, pues hasta el 21 de junio no podia saberse de un modo positivo, si habia salido de Brest, haciendo rumbo á la Martinica. Suponiendo que no habia salido, se acertaba en verdad, pero esto no era mas que una suposición, y por consiguiente se cometia una falta muy grave. Villeneuve respondia á estas objeciones, que si en efecto habia salido Ganteaume, debian todos celebrarlo, pues de este modo quedaba levantado el bloqueo de Brest, y que por consiguiente podria pasar la escuadra a la vista de este puerto para entrar en la Mancha.

Determinóse al punto Villeneuve a hacer lo que tenia pensado, embarcó toda la gente que pudo en las fragatas y las dirigió á la Martinica, y no queriendo verse embarazado con el convoy apresado ni perderlo, lo confió á otra fragata para que lo escoltase hasta una de las islas francesas. El 10 de junio estaba ya él en rumbo para Europa, y esta resolucion, aunque condenable en el fondo, no hubiera sido mala en el hecho, si hubiese entrado primero en la Martinica para dejar en ella las tropas, para abastecerse de víveres y hacer

aguada y para saber si se habian recibido noticias de Francia.

Nelson, á quien tanto temia Villeneuve llegó á la Barbada en los primeros dias de junio despues de una navegacion rápida y casi fabulosa, y solo con nueve navíos. Suponiendo que los franceses trataban de reconquistar la Trinidad, por cuenta de los españoles, tomó dos mil hombres en la Barbada, llamó á sí los dos navíos del almirante Cochrane, y sin detenerse para rehabilitarse llegó el dia 7 á el golfo de Paria, isla de la Trinidad. Reconociendo allí su error, volvió atras y se encontró el 10 en Granada. Disponíase ya á remontarse á la Barbada y á dejar en ella las tropas que habia tomado volviendo en seguida á Europa con once navíos. ¡Qué actividad! Qué energía! ¡Qué manera de emplear el tiempo! Esto prueba que en la guerra, y sobre todo en la guerra marítima, la calidad de las fuerzas es superior al número de ellas. Nelson con once navíos navegaba tranquilo por las mismas aguas en que Villeneuve temblaba con veinte, y eso que los montaban valientes tripulaciones.

Villeneuve se dirigia á Europa con rumbo al N. E. y mar favorable, llegó á las Azores el 30 de junio y encontró en ellas á sus fragatas, que solo tardaron cuatro dias en descargar las tropas, y que tuvieron la buena suerte de no encontrar á los ingleses, lo cual probaba que Villeneuve hubiera podido efectuar sin peligro la misma operacion. Las cuatro fragatas habian encontrado á la que escoltaba el convoy apresado, aunque sin poder conducirlo á su destino, por lo que determinaron incendiarlo, lo cual producía una pérdida de 40.000,000. Reuniéronse, pues, todos los bu-

ques en las Azores y se hicieron á la vela en número de veinte navios y siete fragatas hácia las costas de España. La pérdida del convoy quedó compensada con la presa de una rica galeota procedente de Lima y cargada por valor de 7 á 8.000.000 de pesos: la había cogido primero un corsario inglés, y á este se la quitaron los franceses. Hallándose ya la escuadra á sesenta leguas del cabo Finisterre, cambió el viento de pronto, y soplando del N. O. resultó contrario para los buques, viéndose estos en la necesidad de capear. El viento sin embargo se obstinó, llegando á ser tan violento que algunas embarcaciones experimentaron averias y perdieron la arboladura. Los dos navios que llevó Magon de Rochefort, estaban llenos de enfermos de fiebre, y las tropas conducidas de Europa á América, y de América á Europa, quedaban en los buques espuestas á mil enfermedades. Reinaba á su bordo la tristeza, y diez y ocho dias de vientos contrarios, exasperaron los ánimos, contribuyendo á trastornar el valor del almirante Villeneuve, pues proyectaba ir á Cádiz, esto es, al punto opuesto en que Napoleon le esperaba y le llamaban sus instrucciones. El general Lauriston, se resistió con todas sus fuerzas y se salió con la suya; el viento cambió el 20 de julio, y se hicieron de nuevo á la vela para el Ferrol.

Dos desgracias había ocasionado el mal tiempo; la primera afectar los ánimos de las tripulaciones y de su gefe; la segunda, descubrir su marcha al almirantazgo inglés. Nelson había enviado al bergantin *Curioso* para llevar á Inglaterra la noticia de su derrotero, y este bergantin divisó á la escuadra francesa, después de lo cual forzó de vela

y llegó á Portsmouth el 7 de julio. El 8 se remitiéron los despachos al almirantazgo, y este, sin saber á punto fijo el objeto que se proponia la escuadra francesa, pero suponiendo que trataba de levantar el bloqueo del Ferrol, mandó al almirante Sterling, que reforzase con cinco navios á Calder, que cruzaba inmediato al cabo de Finisterre. El largo tiempo transcurrido desde que Napoleon pensó su grande combinacion naval, las diversas operaciones últimamente emprendidas, la marcha de Villeneuve, su travesia á Cádiz, su reunion con Gravina, su vuelta á Europa, en donde dos escuadrillas, una de Brest y otra del Ferrol, aguardaban una fuerza que las librase del bloqueo que sufrían, todas estas circunstancias reunidas habían hecho sospechar á los ingleses una parte de los proyectos de Napoleon. No creían precisamente en una reunion de escuadras en la Mancha, pero querían evitar el levantamiento del bloqueo del Ferrol ó de Brest, que les parecia probable. Así que habían aumentado la escuadra de Cornwallis delante de Brest á veinte y cuatro navios, de los que destacaron cinco para observar á Rochefort, y á diez la de Ferrol que debia componerse ya de catorce ó quince navios por su reunion con la division de Rochefort. Toda tardanza es una desgracia en un proyecto que exige secreto, pues se dá al enemigo el tiempo de pensar, el de adivinar y el de recoger indicios que acaban por instruirle.

El 22 de julio remontaba Villeneuve hácia el Ferrol en tres columnas, esto es, se dirigia al nordeste con buen viento del noroeste que le daba de través, y hácia el mediodia divisó veinte y una velas, y entre ellas quince navios: era la escuadra

inglesa del almirante Calder que avanzaba en sentido contrario, y le salia al encuentro para cortarle el camino del Ferrol, del cual distaba como unas cuarenta leguas.

Preparábase, pues, un combate naval y Villeneuve no pensaba evitarlo, porque no temia el peligro, sino la responsabilidad: á pesar de esto, lleno de ansiedad perdió un tiempo precioso antes de colocarse en orden de batalla, aunque el general Lauriston, escitándole sin cesar, le daba prisa desde las once de la mañana para que comunicase las órdenes que no dió hasta la una: de este modo se perdió la mejor parte del dia. Los navios de las escuadras combinadas tardaron dos horas en ocupar sus puestos, y por fin á las tres se encontraron los veinte navios franceses y españoles en una misma linea regular, y Magon á retaguardia de ella con la division de Rochefort y muchas fragatas. El almirante inglés Calder, con quince navios, algunos de ellos de cien cañones, al paso que los más fuertes de su enemigo no eran más que de ochenta, se colocó en batalla formando una estensa linea paralela á la contraria, aunque corriéndose en sentido inverso, pues los ingleses se dirigian al noroeste y los otros al nordeste y como el viento era noroeste las dos escuadras lo recibian de través, de modo que desfilando ambas paralelamente, y en direcciones opuestas se hubieran evitado fácilmente, pero Calder replegó la cabeza de la suya con intencion de cercar la retaguardia francesa. Villeneuve, á quien el peligro comunicaba arrojo y resolucion, previendo que el almirante inglés, trataba de envolver la retaguardia entre dos fuegos, imitó la maniobra

de su enemigo, y virando por redondo, ocultó su izquierda, y presentó la cabeza de la escuadra á los primeros navios ingleses. Encontráronse las dos fuerzas de resultas de aquel movimiento, y el navio español *Argonauta*, montado por el almirante *Gravina*, se vió comprometido con el navio inglés el *Hero*: ingleses y franceses se acometieron poco despues en toda la estension de la linea, pero como la escuadra inglesa era menos numerosa que la combinada, solo hicieron fuego los trece ó catorce navios primeros de esta. Aquel era el momento de emplear la retaguardia en una maniobra decisiva, supuesto que no tenia enemigos al frente, pero por desgracia una espesa niebla que ocupaba muchisimas leguas, pues fué observada desde Brest, cubria las escuadras, pero de tal modo que el navio almirante tardó algunos minutos en averiguar si el enemigo le atacaba por babor ó por estribor; cada buque solo veia al que tenia delante, y no se cuidaba de los demas. Oíase un estruendo de artilleria vivo, continuo, mas no precipitado, pues franceses y españoles, á pesar de su inespriencia se batian con orden y con serenidad. Las tripulaciones no habian adquirido aun la precision que hoy las distingue, y con todo, en aquella especie de desafío de buque á buque, los ingleses padecieron tanto como sus contrarios, y si la retaguardia de estos, que no tenia enemigos al frente, hubiera podido descubrir lo que pasaba, y hubiera puesto entre dos fuegos una parte de la linea inglesa, replegándose sobre ella, la victoria hubiera quedado decidida. Villeneuve, que nada podia distinguir por la niebla, tampoco acertaba á dar las órdenes con-

venientes, pues aunque Magon le habia enviado á decir que estaba en inaccion, llegó este aviso muy tarde, y no produjo determinacion alguna del almirante francés, quien despues de un momento de decision al principio del combate, habia caido ya en su acostumbrada apatía, temiendo operar algun movimiento falso, en medio de tanta oscuridad: lo único que hacia era batirse desesperadamente con el navío almirante.

Despues de un encarnizado combate, se halló en tan mal estado el navío inglés *Windsor*, que una fragata tuvo que remolcarlo fuera de la línea, para que no cayese en poder del enemigo, sucediendo lo mismo á otros buques ingleses. Los franceses por el contrario se portaron con valor, y espermentaron pocas averias, al paso que los españoles, que formaban el primer tercio de la línea de combate, sufrieron mucho por su decidido arrojó, y por la posición que ocuparon. Los tres navíos *La España*, *San Fermin* y *San Rafael* se hallaban en un estado lastimoso, y el primero habia perdido los tres palos. Como el viento era de popa para estos buques, no podian maniobrar, y se veian empujados hácia el enemigo, y al notar lo el valiente Mr. de Cosmao, capitán del *Plutoa*, salió de la línea y avanzó con su navío para salvar á los tres españoles. El primero de estos, *San Rafael*, de pocos pies, queria deslizarse entre las dos líneas hácia retaguardia, esperando salvarse con este movimiento: el *San Fermin*, mas maltratado no pudo ser defendido por Mr. de Cosmao, y envuelto por la marejada y el temporal fué á dar consigo en el centro de la línea inglesa. Mr. de Cosmao, no obstante, consiguió salvar al *España*,

que se mantuvo en la línea por sus esfuerzos. Una clara descubrió á Villeneuve aquel espectáculo á las seis de la tarde, y aquel indeciso almirante vió al *San Rafael* acogerse á la retaguardia, y al *San Fermin* rodeado de enemigos, defendiéndose á todo trance, á pesar de no tener una jarcia ni un mastelero en pié. Como las escuadras se batian á bastante distancia habia entre ambas el espacio suficiente para que la combiada avanzase, dando tiempo con este movimiento para que todos los navíos abandonados á si mismos ocupasen su posición en la línea. El general Lauriston no se habia separado de Villeneuve y escuchaba á los oficiales de la escuadra proponer esta maniobra. Aconsejóle pues, hacer la señal de *arribar gobernando* todos juntos, es decir, ceder al viento que impeliendo hácia los ingleses hubiera permitido volver en medio de nuestros navíos comprometidos; de esta manera hubieran estado mas cerca del enemigo, y este maltratado y menos numeroso, probablemente hubiera recogido velas ante este movimiento ofensivo. No pudiendo Villeneuve ver bien lo que pasaba á través de la niebla, temiendo desconcertar su órden de batalla, y correr nuevos riesgos, prefirió la pérdida de los navíos al peligro de volver á comprometer la acción y por consiguiente se negó á dar la órden que de todas partes solicitaban. En aquel momento la noche iba cerrando y casi habia cesado el fuego, y los ingleses se retiraban llevando á remolque dos de sus navíos muy averiados por el fuego, y los dos españoles que les abandonamos por nuestra falta. Nosotros sufrimos poco, pues no habia una sola de nuestras tripulaciones que no estuviere

dispuesta á volver á empezar el combate y no se creyese vencedora, al ver que habia quedado por nosotros el campo de batalla; ignoraban en la escuadra la pérdida de los dos navios españoles.

Toda la noche se estuvo viendo á los ingleses con fuegos en las popas de sus navios sotaventados á lo lejos y tratando de reparar sus averías.

Por nuestra parte hacíamos lo mismo, hasta que al rayar del alba se distinguió claramente la situacion de ambas escuadras. Los ingleses estaban en retirada pero llevando consigo dos navios españoles, á cuya vista se hizo tan general el dolor y la desesperacion á bordo de nuestros buques, que todos clamaban por combatir y empeñar una accion decisiva. El viento nos favorecia pues era el mismo que la vispera y corria de nosotros hácia los ingleses: si en aquel momento, Villeneuve se hubiera resuelto á dar la señal de correr al enemigo, sin mas orden de batalla que el de la prontitud, catorce navios de los diez y ocho que nos quedaban, con una marcha igual habrian llegado junto á los ingleses, los otros cuatro hubieran llegado poco despues y la victoria hubiera quedado seguramente por nosotros. Obligado por el clamor de todos los oficiales, Villeneuve decidió al fin el movimiento y pasó con Lauriston á bordo de la fragata *Hortensia*, para comunicar sus órdenes de voz viva á cada uno de los gefes de division. El *Argonauta*, navio almirante español, que llevaba rota la entena del mastelero menor, pidió tiempo para repararla y Villeneuve quiso esperararlo, lo cual detuvo la operacion hasta las doce del dia, hora en que comenzó la persecucion; pero el viento habia alojado y vió á los

ingleses desaparecer á su presencia, antes de que hubiesen podido acercarse lo bastante, aun haciendo fuerza de velas, y juzgando que no los podia alcanzar hasta la noche, dejó la accion para el dia siguiente con objeto de combatir con la luz del sol. Pero el viento habia saltado al nordeste, es decir, habia tomado una direccion enteramente contraria y Villeneuve tuvo entonces una buena razon para detenerse, pues si se alejaba del Ferrol, corria el riesgo de encontrar á los ingleses reforzados, y por recuperar dos navios perdidos, se esponia á no lograr su objeto cual era el de levantar el bloqueo del Ferrol y cumplir su comision.

Así terminó aquel combate que hubiera podido pasar por una victoria, sin la pérdida de los dos navios españoles. Las tripulaciones á pesar de su inespierencia, se habian batido bien; pero por una parte la niebla que se juntó á las irresoluciones naturales del almirante Villeneuve y por otra la desconfianza que tenia de sí mismo y de sus marineros paralizaron los recursos de que disponia é impidieron que aquel encuentro no fuese un triunfo brillante. En esta, como en tantas otras batallas navales un ala de nuestra escuadra no acudió al socorro de la otra; pero en esta ocasion no estuvo la falta en el ala que quedó inactiva porque el contra almirante Magon, no era hombre que permaneciese voluntariamente alejado del fuego. En el primer momento que siguió á la batalla, Villeneuve se conceptuaba casi feliz por haber podido combatir contra los ingleses sin experimentar desastre alguno; pero cuando pasó algun tiempo y entró en sí mismo, su desanima-

cion y tristeza habitual se tornaron en un dolor profundo. Viose espuesto á las reconvenções de Napoleon y de la opinion pública, por haber perdido dos navios combatiendo con veinte contra quince; creyóse deshonorado y cayó en una especie de abatimiento muy inmediato á la desesperacion. El juicio severo de sus tripulaciones, que se quejaban en alta voz de su irresolucion y ponderaban la bizarría y decision del almirante Gravina, le llegó al corazon; y para colmo de desgracia, el viento que habia sido dos dias favorable se puso enteramente contrario. A los enfermos, cuyo número se habia aumentado, habia que añadir los heridos, y faltaban alimentos frescos que darles pues ni agua quedaba mas que para cinco ó seis dias, en este estado Villeneuve quiso otra vez volver á Cádiz, pero el general Lauriston se opuso de nuevo, y por último se transigió y se entró á descansar en Vigo.

Este puerto era poco seguro, y por otra parte no ofrecia grandes recursos, sin embargo se encontraron en él algunos medios para aliviar á los enfermos y heridos. Tres navios, uno francés, el *Atlas*, y dos españoles el *América* y el *España*, eran tan poco veleros que no podian navegar en escuadra, por lo cual Villeneuve tomó el partido de dejarlos en Vigo, dedicándose el *Atlas* á hospital, donde se depositaron los heridos y enfermos. El general Lauriston habia llevado para su division el material que juzgó necesitar y lo empleó en la cura de los marinos que habian quedado en Vigo, invirtiendo el dinero que llevaba el galeon español en proveer á la escuadra de lo que necesitaba; tomáronse víveres frescos, agua para un

mes, se pagó el sueldo á toda la escuadra y habiendo reanimado un poco los ánimos, lo cual no era difícil á soldados de un temperamento vivo, se hicieron á la vela despues de haber hecho un descanso de cinco dias, lo cual no dejó de ser útil. El viento no era malo, la escuadra subió desde Vigo hasta la altura del Ferrol, y el 2 de agosto entró en la rada abierta que separa el Ferrol de la Coruña.

En el mismo instante que apareció la escuadra francesa, los agentes consulares, situados en la orilla por orden de Napoleon, comunicaron al almirante Villeneuve las órdenes destinadas para él. Estas órdenes le instruian de que no entrase en el Ferrol, de donde no se puede salir fácilmente, y que invirtiese el menos tiempo posible reunir las dos divisiones que esperaban la incorporacion y volviese á salir para Brest. Villeneuve trasmitió estas órdenes al almirante Gravina, pero este estaba ya en el canal, no podia retrogradar y una parte del ejército entró con él. El resto, obedeciendo á Villeneuve, se detuvo en frente, es decir, en la Coruña.

Esta separacion ponía á las dos escuadras á dos ó tres leguas de distancia, y el mayor mal que podía resultar era una pérdida de dos ó tres dias para volver á salir, pérdida que hubiera sido muy sensible con un almirante que no hubiera perdido dias con mucha frecuencia; pero con Villeneuve podía haber algun consuelo.

Este almirante encontró en la Coruña las órdenes urgentes de Napoleon, sus palabras reanimadoras, sus magníficas promesas y las cartas íntimas del ministro Decrés, amigo suyo de infan-

cia. Tanto el emperador como el ministro le intimaban que no se detuviese un momento, que se trasladase á Brest, que presentase batalla á Cornwallis, que arrostrase el ser vencido, si era necesario, con tal que Ganteaume lograse salir sano y salvo y que reuniese los restos que quedasen enteros de la escuadra que le hubiese levantado el bloqueo. Todas estas nuevas reanimaron un momento el estado moral de Villeneuve. La poca importancia que daba Napoleon á sacrificar algunos navíos con tal que llegase una escuadra á la Mancha, era suficiente para tranquilizarle, y tanto que si hubiera comprendido bien el encargo que se le dió, hubiera debido estar satisfecho mas bien que triste; porque sea como quiera, si le cogieron dos navíos en la última batalla, habia logrado llegar al Ferrol sano y salvo, sin tropezar con los cruceros enemigos y burlando las precauciones del almirantazgo inglés. De los dos almirantes inglés y francés, el mas castigado por la fortuna fué Calder y no Villeneuve; porque éste habia alcanzado su objeto, al paso que Calder no consiguió el suyo. A pesar de faltarle los dos navíos cogidos y los tres anclados en Vigo, tenia veinte y nueve navíos entre españoles y franceses reunidos en el Ferrol, que de un momento á otro debían subir á treinta y cuatro con la division de Lallemand, escuadra suficientemente numerosa para intentar levantar el bloqueo de Brest. Por lo demás el mismo almirantazgo inglés y Napoleon lo juzgaron de este modo pocos dias despues; pues el primero hizo comparecer al almirante Calder ante un tribunal militar, y Napoleon dirigia publicamente grandes elogios á Villeneuve, por haber llenado, como de-

cia, su deber, á pesar de haber caido dos navíos en manos del enemigo.

¿Qué temores podia, por consiguiente, concebir un oficial á quien un gefe omnipotente, y que disponia de la reputacion y fortuna de sus subalternos decia continuamente:—No os importe quedar vencido, y aun destruido, si es menester, con tal que por vuestros esfuerzos, quede abierta la puerta de Brest?—Pero no parece sino que una especie de fatalidad presidia á los pasos de aquel desgraciado marino para turbarle el ánimo y conducirle de uno en otro dolor al resultado que queria evitar, es decir, á una gran batalla perdida; y perdida sin que pudiese lograr el único objeto que le pedia Napoleon, el de estar veinte y cuatro horas en la Mancha.

Sin embargo, sintió algun consuelo al ver la division del contra-almirante Gourdon, que habia navegado mucho antes de encerrarse en el Ferrol, se habia reparado y completado cuidadosamente y que merecia toda su confianza. Con no menos satisfaccion vió nueve navíos españoles, tripulados por el almirante Grandellana y muy superiores á los del almirante Gravina, porque se habia invertido en tripularlos el tiempo que faltó á los que salieron de Cádiz.—Ojalá, escribia Villeneuve comparando la division del Ferrol á la de Cádiz, que la escuadra española (esceptuando el *Argonauta*) y el navío *Atlas* no hubiesen formado nunca parte de mi escuadra. Estos navíos no sirven absolutamente para otra cosa que para comprometerlo todo como han hecho siempre, y ellos son los que nos han conducido al último grado de las desgracias.»

Este lenguaje manifiesta hasta qué punto es-

taba afectada el alma de Villeneuve, puesto que daba el nombre de último grado de las desgracias á una campaña que hasta entonces le conducia al objeto indicado por Napoleon, y que aun le valia elogios de parte de aquel gefe tan descontentadizo.

En aquel momento se reducian todos los pensamientos de Villeneuve á lo que le esperaba á su salida del Ferrol, pues suponía que Calder apareceria de nuevo unido á Nelson ó á Cornwallis, y que se veria comprometido en otro nuevo combate, del cual podria salir destruido, y estos pensamientos se los sugerian varias cartas de Cádiz en las que le decian que en efecto, Nelson habia estado á la vista de Gibraltar, pero que volvió á salir para el Océano con objeto de reunirse á Calder delante del Ferrol ó á Cornwallis delante de Brest. Lo que habia de cierto es que Nelson, caminando con una celeridad prodigiosa, abordó á Gibraltar á fines de julio, en la misma época que Villeneuve empeñaba la accion con Calder; que habia vuelto á pasar el estrecho, que luchaba á la sazón contra vientos contrarios para volver á entrar en la Mancha, que no tenia mas que once navíos, que todavía no habia podido reunirse á Calder ni á Cornwallis, y que su intencion era tomar algun descanso para reponer de viveres su agotada division. Villeneuve ignoraba todas estas circunstancias; pero sabia muy bien lo que se le ordenaba, que para un hombre de corazon era muy fácil de ejecutar, pues las instrucciones no le obligaban á vencer, sino á combatir á todo trance para levantar el bloqueo de Brest. Si delante de este puerto, podia ayudarle Ganteaume, no es probable que la batalla em-

peñada con cincuenta ó cincuenta y cinco navíos, contra veinte ó veinte y cinco se perdiese; y si por el contrario, circunstancias de mar impedían á Ganteaume tomar parté en la accion, Villeneuve combatiendo á todo trance hasta quedar destruido, si se quiere, debia imposibilitar á Cornwallis el sostenerse en el mar y continuar el bloqueo, con lo cual Ganteaume, reuniendo á su escuadra que habria quedado intacta los restos de otra gloriosamente vencida, podia todavía dominar la Mancha por espacio de algunos dias; y hé aqui todo lo que Napoleon pedía á sus almirantes.

Por desgracia, Villeneuve habia tocado en tierra. Los navíos que tomaron parte en la accion tenian varias cosas que componer y aunque hubieran podido navegar un mes y aun dos si se hubieran visto obligados á permanecer en alta mar, querian todos, al verse en un gran arsenal, reparar alguna avería. Tomaron mástiles de reserva, volvieron á reponerse de todos los utensilios necesarios, abasteciéronse de agua, y por último, quisieron traspasar viveres de los navíos que tenian mas á los que tenian menos, en cuyas operaciones invirtió toda la escuadra cuarenta y cinco dias. Las órdenes de Napoleon de que hubiera galleta hasta el número de dos ó tres millones de raciones en cada puerto, no pudo cumplirse en el Ferrol, á causa de la escasez de España, pero debia haberla en Brest, en Cherburgo y en Boloña, y además cuarenta y cinco dias eran suficientes. Por último, Villeneuve se dispuso el 10 de agosto á levar el ancla, salió de la Coruña á la bahía de Arles y allí esperó que Gravina y la segunda division española saliesen del Ferrol, cosa no muy fácil á